

Prudentes consideraciones sobre lo pasado, hijas de la experiencia y del desengaño, hicieron tolerar á la nacion por cinco años la ilegal constitucion del año de 36 y la administracion que aquella estableció: mas reagrándose los males cada día, cansado el sufrimiento, se adhirieron los pueblos al proyecto de regeneracion, conocido con el nombre de *Acta ó Bases de Tacubaya y á los Convenios ó Tratados de la Estanzuela*, y esa adhesion, ó conformidad del voto público, terminó la revolucion comenzada en Jalisco.

La nacion, al adoptar el programa que se le propuso, celebró un tácito concierto con los autores de las Bases y de los Tratados, descansando en la palabra de honor de los personajes que garantizaron su cumplimiento. De tal acto ó aquiescencia nacional dimanar la validacion y respetabilidad de las referidas Bases, que ínterin dure la especie de *inter-regno* en que nos encontramos, deben ser sagradas, inviolables. En efecto, esas Bases y esos Tratados, son la Arca de nuestra alianza, son nuestro pacto político provisional; inalterable por su misma naturaleza, y de ningun modo sujeto á interpretaciones ni glosa.

Dicho pacto produjo los actuales poderes legislativo y ejecutivo, encargado el primero de formar, segun su conciencia, el código de leyes fundamentales; y el segundo de hacer el bien y felicidad públicos. Los legisladores, ocupados de los primordiales intereses de todo un pueblo, deben engrandecerse con las circunstancias: el gobierno, encomendado del bienestar de la nacion, debe consagrarse exclusivamente á su servicio. ¡Augusto y sagrado es el vinculo que estrecha á los diputados! ¡Grave y tremenda la responsabilidad del ejecutivo! y sin embargo de lo árduo y laborioso del intento, él es fatible; porque á una voluntad recta y á una perseverancia sólida, nada se dificulta.

¡Mexicanos que me escuchais! permitidme que en este día dedicado á una solemnidad patriótica, recuerde á nuestros legisladores la gloria que como tales merecieron Confucio, Solon y Numa; y que haga presente al gobierno el juramento otorgado por Casio y por Bruto delante de la estatua de Pompeyo. Ese juramento, señores, comprende todo lo grande,

todo lo sublime de que es capaz el corazon de un republicano. Aquellos dos ilustres romanos, últimos mercedores de tal título, antes de libertar á su patria de la tiranía, que la amenazaba, juraron *hacerlo todo en obsequio de Roma, y jamas nada en beneficio de ellos.* (*) Ese heróico ejemplo merece imitarse, y yo al proponer tales modelos, no hago otra cosa que señalar á nuestros hombres de estado, el camino que conduce á la inmortalidad.

Por último, los pueblos aguardan el cumplimiento de las promesas que se les han hecho: sus esperanzas reposan en el saber, experiencia y circunspeccion de sus mandatarios, y en el honor y lealtad del gefe supremo del ejecutivo y de sus agentes: si unos y otros desempeñaren fielmente las obligaciones que han contraído, los mexicanos justos, magnánimos y generosos sabrán recompensar sus servicios agradeciéndolos; así como en el aniversario de hoy saben honrar la memoria de los varones famosos que los redimieron de la servidumbre colonial. En el caso contrario, que ni presumible es, la nacion y la posteridad condenarán los nombres de los hijos espúrios de la patria á perdurable maldicion. *Suum cuique.*

En prensa ya el presente pliego, recibí de mi apreciable amigo y distinguido literato el Sr. D. Guillermo Prieto, la carta que á continuacion inserto. Ella contiene rasgos biográficos, mucho mas extensos que los que yo he publicado del Sr. Pedraza, y que el lector los verá con gusto, tanto por

(*) Nous promettons, Pompée, á tés sacrés genoux
De faire tout Rome, et jamais rien pour nous.

referirse á un ilustre mexicano, como por el correcto lenguaje con que están descritos:

Sr. D. Emilio del Castillo Negrete.

S. C. Junio 19 de 78.

Muy estimado amigo y señor:

En una de las discusiones del Liceo Hidalgo hablando de oradores mexicanos, mencioné con particular estimación al Sr. D. Manuel G. Pedraza, y aun cité rasgos de su elocuencia poderosa, citándolo como una de las glorias de nuestra tribuna.

Cuando terminó la discusión, vd. me hizo presente que no había podido adquirir datos sobre la vida de tan eminente personaje, no obstante haber figurado en la historia de nuestro país de un modo muy notable, y á pesar de que había registrado con atención todos los documentos que habían caído en sus manos, referentes á las diversas épocas en que el Sr. Pedraza desempeñó en la escena política papeles principales.

A mí me pareció increíble alusión semejante, y ofrecí á vd. reunir mis recuerdos para darle siquiera rumbo á sus indagaciones. Al escribirle cumplo mi palabra; pero es el caso que *non es lo mismo morire que parlare de la morte*, y que ahora que estoy, como dice Zorrilla, con la muletilla delante del toro, me hallo con las mismas dificultades que vd., con la sola diferencia de que estoy tanto, tan ocupado, que no puedo dedicarme al estudio, ni hacer rebusca de papeles ni nada, porque á mi ver la prensa viene siguiéndome como perro de rábía y no me permite distracción alguna.

Estoy entendido que hojeando los papeles que existen en la Biblioteca, y pertenecieron al Sr. Lafragua, encontraría mucho de lo que busca, así como en el *Sol*, el *Cosmopolita* y el *Siglo XIX*, que redactó el Sr. Pedraza y en cuyos periódicos se descubrieron actos de su vida pública.

Cierto es que ni en los compendios de historia de México, ni en los manuales de biografía, he visto nada sobre la vida del Sr. Pedraza y que aun el Diccionario de Orozco tiene esa

omisión, lo propio que el Diccionario de Cortés; pero en la historia de Zavala y en la ardiente discusión que se sustentó con motivo de la elección de aquel señor para Presidente de la República en 1828, estoy cierto que hay mucho que vd. podía coordinar para su objeto.

Confórtese vd. con mis recuerdos.

El Sr. Pedraza oculta aunque entre nubes de oro su origen; parece que nació de una familia noble y distinguida y que en la frontera del Norte se mecía su cuna.

Tuvo educación esmerada, conocía el latín y le eran familiares los clásicos; concluyó lo que entonces se llamaba curso de artes, mezcla de conocimientos elementales, de ciencias y filosofía.

Sus primeros años los pasó el Sr. Pedraza en Querétaro; muchas veces le oí referir sus excursiones á las montañas á pié y á caballo en cuyo manejo tenía suma destreza: amaba los ejercicios varoniles y uno de los placeres de su primera juventud, consistía en correr animoso sobre la elevadísima arquería del acueducto de Querétaro, dejando flotar al viento su cabellera rubia y teniendo el abismo á sus piés.

Como una de las carreras distinguidas de las personas nobles era la milicia, su familia lo dedicó á ella y entró á prestar sus servicios al rey, en un cuerpo de caballería.

El amor al estudio, las costumbres irreprochables y su severa diligencia para dar lleno á sus deberes, le grangearon la reputación no desmentida de oficial caballeroso y honrado, elevándolo á los primeros puestos en el ejército.

Recorrió como militar y en persecución de los insurgentes la mayor parte de la República, residió mucho tiempo en el Sur y abrazó por último la causa de Iturbide.

A este paso lo determinó un incidente curioso.

No sé por qué motivo los papeles pertenecientes al Sr. Morelos cuando le aprehendieron cayeron en las manos del Sr. Pedraza; él devoró en ellos las producciones del Sr. Quintana Roo y del Dr. Cós, y esto produjo una revolución total en sus ideas.

Sin duda alguna el Sr. Pedraza tenía gran reputación militar y política en los días de Iturbide, puesto que él fué comi-

sionado para entregar la plaza y el mando de las tropas al Jefe del Ejército libertador cuando la caída de Iturbide en 1823.

Al elevar el voto público á la Presidencia de la República al Sr. Victoria, Pedraza fué nombrado Ministro de la Guerra, y uno de sus primeros actos fué admitirse la renuncia de General de Division, para comenzar con buen pié la reforma del Ejército.

Severo, activo, inmaculado y muy inteligente, por mas que las pasiones de partido le pretendieran negar aquellas cualidades, se desvió con inquebrantable energía de las aspiraciones de las pandillas políticas que querian apoderarse del Gobierno del país, y por esta actitud que supo guardar se le designó como jefe del partido moderado.

Antes de terminar el período de la Presidencia de Victoria, resultó electo para la Presidencia el Sr. Pedraza por la mayoría de las Legislaturas. Estalló desconociendo la eleccion el plan de Montaña. Saltó Santa Anna á la arena con nuevos elementos anárquicos, y Pedraza, para quitar pretextos á la guerra civil, salió prófugo por Tampico y en los Estados Unidos publicó la explicacion de sus actos en un brillante Manifiesto.

De resultas del Plan de Jalapa regresó al país el Sr. Pedraza ensalzado de los unos, visto con envidia de los otros y combatido por todos por su odio al robo, á las cábalas y á las miserias de los especuladores políticos.

El Sr. Pedraza era progresista de conviccion; señalaba como úlceras mortales en nuestro cuerpo social el clero y el ejército; pero para emprender la reforma le retraia la incapacidad de los caudillos progresistas y el miedo al desencadenamiento de la demagogia.

Esto le colocó en una posicion falsa, inconveniente, llena al parecer de contradicciones, siendo en el fondo hombre de rectísimos principios y de ideas mas avanzadas que todos sus aliados y que todos sus detractores.

Muchos de los aciertos del Sr. Arista se debieron á los sabios consejos del Sr. Pedraza, por su probidad intachable, su experiencia en los negocios y porque su grande alma no

conoció ni la venganza, ni la envidia, ni ninguna pasion rastro.

Invitado para los mas altos puestos, en sus últimos años servia la direccion del Montepío y aceptaba únicamente los cargos de eleccion popular.

Pedraza, en sus relaciones políticas, era centro de un círculo de inteligencias de primer orden, siendo él el primer admirador de los grandes talentos y esforzándose por abrirles paso á los primeros puestos. Quintana Roo, Otero, Cardoso, Llaca, Rosa, Rodriguez Puebla, Riva Palacio, Ortega, Escudero, Payno y otros hombres distinguidos que no recuerdo eran del círculo del Sr. Pedraza y les debió mucho la causa del progreso. Porque es de advertir que varias de esas personas como Cardoso, pertenecian al partido exaltado; pero no por eso se les dejaba de tener en lo mucho que valian en aquella reunion.

Grandes obras como la acta de reformas, como la guerra sin tregua al despotismo militar, como la revolucion del 6 de Diciembre, se crearon al influjo de aquellos valientes y eran sin embargo, blanco de los ódios de los serviles y de los que al fin de una manera mas resuelta y gloriosa consumaron la Reforma.

La pasion dominante del Sr. Pedraza era la justicia: enmedio de los mas ardientes arrebatos de su carácter, se le manifestaba que carecia de razon, y entonces si era cierto, despues de reflexionar solia decir: *me apeo del burro*, y sobre toda consideracion se atenia á lo justo; con la propia energía reparaba un error, confesándole con lisura no obstante la tirantez de su carácter.

Alguien de su familia me contaba que antes de casarse el Sr. Pedraza, incómodo un dia porque no le habia dado á lavar su criado alguna ropa, le dijo: te prevengo que toda la ropa que deje yo sobre la cama la des á que la lave la lavandera.

El criado guardó silencio, pero á los cuantos dias dejó su sobretodo en la cama, y el criado lo llevó á la lavandera con orden expresa de que lo lavase. Así lo hizo la sirvienta y el sobre todo quedó inservible. El Sr. Pedraza no dijo una so-

la palabra, y cuando le contó el lance á un amigo, añadió: eso se llama dictar órdenes con la bilis.

Aunque de pocas palabras y severo, era el Sr. Pedraza tierno y generoso con sus amigos, les consolaba en sus cuidados, les asistía en sus penas, y jamás les abandonó en el sufrimiento. Pero la amistad no torcía su justicia cuando se trataba de los destinos públicos.

Su conversacion era encantadora, un tanto enfática; pero resplandecía de elocuencia y cautivaba por su variedad y por la riqueza de imaginacion que en ella desplegaba.

Yo lo acompañaba frecuentemente en sus paseos á caballo que hacia, sin faltar un solo dia.

En un tiempo iba á saludar casi diariamente sin apearse del caballo, al Sr. Lic. D. Nicolás Olaz, que vivia en la Calzada de S. Cosme, cerca de la casa de los Mascarones.

Llegaba el Sr. Pedraza, pedia una lumbre, se inclinaba á la ventana en que el Sr. Olaz le esperaba, y conversaba un rato; pero el encanto de aquella palabra era tal, que á pocos dias la casa del Sr. Olaz se llenaba porque iban á ver platicar al Sr. D. Manuel.

Caminaba una vez por Tierra adentro y pernoctó en una venta de mal abrigo, donde fungia como fonda, y un súcio cuarto con una mesa en el centro como banco de herrador, segun la expresion de Moratin, y corridas bancas por asientos.

Los parroquianos de la venta eran por el estilo de los muebles; hablaba el Sr. Pedraza con su compañero de viaje de un suceso de la guerra de insurreccion, describia el sitio, pintaba con vivos colores los personajes; se detuvo en la relacion de la batalla... y notando que la vela se habia acabado, que estaban dormidos los sirvientes y que la noche era muy entrada, se retiró á dormir el Sr. Pedraza.

El dia siguiente con la aurora continuó su camino; despues de haber andado gran trecho oyó tras él tropel de caballos, y reconoció en los ginetes parte de su auditorio.

—¿Qué se ofrecia á vd? dijo el Sr. Pedraza.

—Nada, señor, dijo uno de los rancheros; veniamos á que

nos hiciera vd. favor de decirnos qué sucedió al fin con aquel caballero que dejamos tan mal herido.

El Sr. D. Manuel concluyó la plática que habia interrumpido la noche anterior.

Tal era el poder de la palabra de Pedraza.

Pedraza fué el alma de la revolucion del 6 de Diciembre; su actividad era indomable; á su alrededor Otero, Rosa, Llaca, Cuevas D. Luis G., giraban retando dia por dia al poder absoluto y contraponiendo el talento y la palabra á la arbitrariedad y á la fuerza.

Era el Sr. Pedraza de estatura mas que mediana, cargado de hombros y de andar sesgo: sus azules ojos saltones tenian rara expresion de inteligencia y de pasion.

Su ropa era holgadísima y la levita que usaba frecuentemente, muy larga. Era hombre aseado en extremo, y cuidaba de los menores detalles del vestido, teniendo cuidado sumo con la limpieza del calzado.

Su voz era sonora, vibrante y cuando la esforzaba, era aterradora como el trueno.

La separacion de las aulas del Sr. Pedraza, su lectura de Voltaire, de Rousseau y de los enciclopedistas, y su alto desdén por los ergotistas y los teólogos, hicieron que éstos se vengaran, pintándolo siempre sin la erudicion pedantesca é inútil de la época; pero Pedraza tenia profunda instruccion en historia, no era extraño á las ciencias, y tenia gusto castigado y selecto en materias literarias.

Generalmente subia á la tribuna con cierta frialdad, frotando el anillo que llevaba en el índice y era su manía.

Gradualmente su voz se esforzaba, le llenaba su asunto y, entonces, erguido, impetuoso, dominaba á su auditorio.

Al estallar el movimiento del 6 de Diciembre, en medio de la efervescencia de indignacion que llevó hasta el frenesí á las masas, se sorprendió en la garita de San Lázaro al Sr. D. Antonio de Haro y Tamariz, que venia escudado con un salvo-conducto, dado por uno de los gefes de la revolucion.

Registraron al Sr. Haro y hallaron que, abusando del salvo-conducto, traia en el forro del paltó blanco que le abrigaba, correspondencia, libranzas y firmas, para promover en

México, una contrarrevolucion, sacrificando á los hombres del 6 de Diciembre.

Apenas se divulgó la noticia de aquella felonía, cuando corrió frenética la multitud al lugar en que se encontraba el reo; llega el tropel armado de espadas, puñales, fusiles y piedras, rodean al Sr. Haro, se lanzan sobre él, y en empeñada lucha, le conducen al Palacio, y allí no se encuentra seguridad para Haro, sino en la Cámara de Diputados que estaban en sesión. El reo, los guardias y las chusmas frenéticas, rompiendo puertas, derribando asientos y bramando furiosa, penetró al Santuario de las leyes.

El reo se acoge trémulo tras el dosel y se abraza á la silla del Presidente.... Un momento mas y hubieran corrido rios de sangre.

Entonces, un hombre se levanta de su asiento, era Pedraza, aparece erguido, pasa su mano por los hilos de cabellos que coronaban su cabeza y grita, dominando el estrépito de la multitud rabiosa: ¡Silencio, señores! En nombre de la Patria y de la Humanidad, silencio: Al tercer rujido de aquel leon, reinaba un profundo silencio y parecia pintado el tremendo cuadro que los ojos descubrian.

Entonces, con una excitacion mas impetuosa, mas vehementemente, mucho mas apasionada que la exaltacion que mostraba el pueblo, trazó, como en desordenado delirio, la biografía de Haro: se refirió al abuso cometido, describió las calamidades que queria desatar sobre Puebla, que le vió niño, que iluminó sus primeros amores y que guardaba las cenizas de sus padres.... A ese mónstruo, en nombre de la civilizacion ofendida, en nombre de la Patria ultrajada, en nombre de la humanidad vilipendiada, yo le maldigo..... yo le maldigo!

Temblaron las columnas del edificio.... No habia gentes, eran de piedra aquellas figuras humanas.... Cayó como sombra horrible después de estas palabras, en el alma de los concurrentes.

Pero este hombre viene defendido con nuestra palabra: le protege un salvo-conducto como una ejida.... ¿Qué es la

venganza? Una ostentacion cobarde de la fuerza, si son muchos.... Un disfraz de la alevosía, si es uno.

Hablaba, hablaba el Sr. Pedraza y, en un momento de exaltacion impetuosa, se levanta, ordena, manda sublime que Haro salga de su escondite... y le promete, le jura que será respetado... porque pertenece á la ley.

A sus palabras, como maquinalmente, con el cabello erizado, los ojos vidriosos, como un cadáver aparece Haro, y al ademán omnipotente del orador, se abren las olas de la multitud, y como una sombra desaparece el reo.... salvando su vida.

Tal era Pedraza y tanto el poder de su elocuencia; sobre sus actos, como hombre público, fallará la historia.

GUILLERMO PRIETO.

OBSERVACIONES.

Muy cortas serán las que yo pueda añadir á las que nos refiere en correcto estilo el Sr. Prieto, en la carta que he insertado. El lance ocurrido con el Sr. Haro y Tamariz, prueban hasta la evidencia, el extraordinario poder de la palabra del Sr. Pedraza, y su profundo conocimiento, no solo para mover y deleitar al auditorio, sino para dominarlo y arrastrarlo al punto que deseaba.

La vida del acusado, en aquellos momentos, corria un grandísimo peligro: el pueblo en masa y ébrio de indignacion, iba á hacerse justicia por su propia mano; convicto el reo de su crimen, no habia defensa posible. Conducido al Parlamento, el pueblo sigue en una agitacion verdaderamente febril: millares de voces piden la cabeza del acusado: que su sangre lave su delito: que la muerte sea su expiacion: que para él no haya misericordia.... que para él no haya perdón....

Pero, en medio de este terrible desorden, y que rayaba casi en lo imposible calmar la terrible excitacion del pueblo, se hace escuchar la voz del orador, impone silencio, manda á las masas que callen y lo escuchén, prorumpiendo en un torrente de verdadera elocuencia.

El acusado salva la vida y pasa por entre aquellas masas que, momentos antes, lo habrian despedazado.

Es verdaderamente sensible que este discurso y otros muchos que pronunció el Sr. Pedraza en las Cámaras, no se conserve ninguno de ellos, guardándose solo por tradicion la fama de este notable orador.

CAPITULO XXVII.

RASGOS BIOGRÁFICOS

DEL EXMO. SR. D. ANDRES QUINTANA ROO.

Si la fama del Exmo. Sr. D. Andrés Quintana Roo no se hubiese extendido en todos los ámbitos de nuestra patria; si no existiese el recuerdo vivo de los importantísimos servicios que prestó á la causa de la independéncia; si para fijar su gloria fuese necesario que hoy refiriésemos uno á uno sus trabajos y sufrimientos, sus magníficos escritos llenos de patriotismo y hasta las sumas que empleó por ver consumada la emancipacion política de México, no hay duda que bien poco seria el honor que resultase á su memoria con el presente escrito que hubiéramos deseado hacer mas extenso y mas digno del gran personaje, notable no solamente en su país natal sino en la nacion mexicana.

Nació en la ciudad de Mérida el dia 30 de Noviembre de 1787: fueron sus padres el Sr. D. José María Quintana, distinguido patriota de quien acabamos de ocuparnos y la Sra. D.^{ca} María Ana Roo.